

JOVELLANOS, GASPAR MELCHOR DE (1744-1811)

SONETOS

I.

A Clori

Sentir de una pasión viva y ardiente
todo el afán, zozobra y agonía;
vivir sin premio un día y otro día;
dudar, sufrir, llorar eternamente;

amar a quien no ama, a quien no siente,
a quien no corresponde ni desvía;
persuadir a quien cree y desconfía;
rogar a quien otorga y se arrepiente;

luchar contra un poder justo y terrible;
temer más la desgracia que la muerte;
morir, en fin, de angustia y de tormento,

víctima de un amor irresistible:
ésta es mi situación, ésta es mi suerte.
¿Y tú quieres, crüel, que esté contento?

II

A Clori

De agudo mal el golpe no esperado
asusta, Clori, tu preciosa vida,
y al mirarte doliente y afligida,
mi enfermo corazón tiembla asustado.

Dos veces con influjo porfiado
ejerce el mal su saña enfurecida:
una turbando mi alma dolorida,
otra afligiendo tu ánimo angustiado.

¿Cuál, Clori, de los dos, pues la inclemencia
del mal sentimos ambos de consuno,
cuál, dime sufrirá mayor martirio:

tú, en quien se ceba la crüel dolencia,
o yo, que todo el mal siento importuno
de tu misma dolencia y mi delirio?

III.

A Enarda

Bello trasunto del semblante amado,
que acá en mi corazón llevo esculpido,
¿cómo pudo el pincel, aunque regido
de diestra mano, haberte bosquejado?

¿Cómo en humana idea tal dechado
de perfección ser pudo concebido?
¿Por qué milagro en el marfil bruñido
respira y ve mi dueño idolatrado?

Del bello original la gracia, el brío,
el peregrino encanto, el gentil arte,
y hasta el alma, copiados en ti veo.

¡Gracias a su deidad y al amor mío!
Porque sólo pudieron inspirarte
belleza Enarda, y vida mi deseo.

IV.

A Enarda

(Primera versión)

Quiero que mi pasión ¡oh Enarda!, sea,
menos de ti, de todos ignorada;
que ande en silencio y sombra sepultada,
y ningún necio mofador la vea.

Hazme dichoso, y más que nadie crea
que es de tu amor mi fe recompensada:
que no por ser de muchos envidiada
crece una dicha a superior idea.

Amor es un afecto misterioso
que nace entre secretas confianzas,
y muere al filo de mordaz censura;

y sólo aquel que logra, ni envidioso
ni envidiado, cumplir sus esperanzas,
es quien colma su gozo y su ventura.

(Segunda versión)

Quiero que mi pasión ¡oh Enarda!, sea,
menos de ti, de todos ignorada;
que ande en silencio y sombras embozada,
y ningún necio mofador la vea.

Sea yo dichoso, y más que nadie crea
que es con tu amor mi fe recompensada:
que no por ser de muchos envidiada
crece la dicha a más sublime idea.

Amor es un afecto misterioso
que nace entre secretas confianzas,
mas muere al soplo de mordaz censura.

Y sólo aquel que logra, ni envidioso
ni envidiado, cumplir sus esperanzas,
colma su gozo y fija su ventura.

V

A Alcmena

Las dudas, bella Alcmena, y los recelos
que en mi sencillo corazón se abrigan,
de mi desgracia el fiero mal mitigan,
sin agravarle con infames celos.

Llegará acaso el día en que a los cielos

mi sufrimiento y mi temor bendigan,
cuando por premio de su afán consigan
serenidad y gozo mis desvelos.

¡Dichoso entonces yo, si coronando
la firme fe de una pasión sincera,
premiaras tú mi humilde sufrimiento!

¡Dichoso entonces mi tormento, cuando
seguridad cumplida y duradera
suceda a la inquietud de mi tormento!

VI.

A Enarda

Cuando de amor la flecha penetrante
no hubiera aún mi corazón herido,
tú fuiste, Enarda, el ídolo elegido
que primero adoró mi pecho amante.

Fui tu primer amor, y tú, inconstante,
de tu fe me ofreciste el don mentido,
don que después la ausencia y el olvido
volvieron a llevarse en un instante.

Medió largo intervalo, volví a verte,
volviste tú a jurarme amor eterno;
mas diste luego a otro tu albedrío;

a otro que, ausente yo, fingió quererte.
¿Y ésta es, Enarda, tu constancia? ¡Cuerno!
¡Malhaya si otra vez de ti me fío!